

## La peste

“El hospital volvía a estar atestado. La peste, que durante el primer trimestre de 1349 parecía haber empezado a remitir, había regresado en abril con una virulencia intensificada. Al día siguiente del domingo de Pascua, Caris miraba con preocupación entre las hileras de jergones apiñados en forma de espiga, tan juntos que las monjas cubiertas con sus mascarillas tenían que avanzar pisando con mucho cuidado entre ellos. No obstante, moverse a su alrededor era algo más sencillo, porque había muy pocos familiares junto a los enfermos. Estar sentado junto a un pariente moribundo resultaba en extremo peligroso —era probable que el visitante acabara contagiándose—, y las personas se habían vuelto despiadadas. Cuando empezó la epidemia, habían permanecido junto a sus seres queridos a pesar de todo, madres con hijos, maridos con esposas, personas de mediana edad con sus ancianos padres; el amor era más fuerte que el miedo. Pero eso había cambiado. El ácido que derramaba la muerte había empezado a corroer hasta el más fuerte de los lazos familiares. En ese momento, el típico paciente llegaba al hospital con ayuda de una madre o un padre, de un esposo o esposa, que se limitaba a marcharse haciendo oídos sordos de los lastimeros gritos que lo seguían hasta que desaparecía de la escena. Solo las monjas, con sus mascarillas y las manos empapadas en vinagre, eran capaces de desafiar a la enfermedad. [...]

Por la tarde, temprano, Caris se encontraba en la feria. Había salido a dar una vuelta después de cenar. El ambiente era tranquilo comparado con el de hacía años, cuando centenares de visitantes y millares de ciudadanos atestaban no solo el recinto de césped de la catedral sino también las calles principales. No obstante, ese año la feria tuvo más éxito del esperado tras no haberse celebrado el año anterior. Caris suponía que la gente era consciente de que la peste parecía estarse extinguiendo. Los que habían sobrevivido se consideraban invulnerables, aunque en realidad unos lo eran y otros no, pues la epidemia continuaba cobrándose víctimas mortales. [...]

Para la mayoría de los ciudadanos, aquel había sido un buen año, pensó Caris mientras asistía al oficio del día de Navidad. La gente se estaba acostumbrando a la devastación provocada por la epidemia con una rapidez asombrosa. A pesar de causar terribles sufrimientos y estar a punto de acabar con la vida civilizada, la



enfermedad les había proporcionado la oportunidad de reorganizarse. Según sus cálculos, casi la mitad de la población había sucumbido; sin embargo, uno de los efectos resultantes era que los campesinos que quedaban se dedicaban a labrar solo las tierras más fértiles, de modo que cada uno de ellos producía más. [...]

La peste empezó a remitir en septiembre. El hospital de Caris fue quedando vacío de forma gradual, a medida que morían pacientes y no llegaban otros a sustituirlos. Las habitaciones desocupadas se barriaron y fregaron, y se quemaron troncos de enebro en las chimeneas, lo cual impregnó el hospital de una penetrante fragancia otoñal. A principios de octubre enterraron a la última víctima en el camposanto del hospital. Un sol rojizo y casi ahumado se alzaba sobre la catedral de Kingsbridge al tiempo que cuatro jóvenes y fuertes monjas bajaban el cuerpo amortajado a una fosa excavada en la tierra. El cadáver era de un encorvado tejedor de Outhenby, pero cuando Caris miró la sepultura, vio a su vieja enemiga, la peste, enterrada en la fría tierra. Se dirigió a ella en voz baja: —¿Has muerto de veras o volverás de nuevo?“. [...]

Ken Follett: *Un mundo sin fin*. Plaza-Janés. 2007.